

Gabrielet, ceramista, pintor, en la Mola desde hace años

Por MARIÀ PLANELLs CARDONA



Personaje y artista. «Pues sepa Vuesa Merced, que tengo 55 años, soy ceramista y me gustan los animales». Ceramista y cocinero, «en un lugar de la Mola de cuyo rincón no quiero acordarme, Gabrielelet cocina los mejores guisos para él, y todo aquel que no tenga un palmo de tierra donde caerse muerto». Fumador empedernido y personaje discutido: «*Sant goig prencipal, / que és nat fill de Déu*». Domador comunicativo con los animales, y cualquier otra cosa que sea necesario ser.

—Quizá lo que más me costó domesticar fue un cerdo. «Nito», pero cuando nos hicimos amigos, me seguía por todas partes. Venía a nadar conmigo a es Pujols y le caía muy bien a la gente. Pero la gente es bastante tonta por lo general, y casi siempre una persona tonta es una persona mala o utiliza malos métodos para defender unos principios inexistentes. Este cerdo llegó a pesar mucho, y tengo varias anécdotas que te podría contar. Al final lo maté que ya tenía cuatro años. Fueron unas matanzas tristes. Lo senti mucho pero no tuve más remedio.

Gabrielet parece escéptico, duro, insensible a todo y se ríe hasta de su propia sombra. Hay que convivir varios días con él para destruir esta falsa imagen y descubrir una fuerte sensibilidad bajo esta faceta, bajo esta máscara. Es una imagen que él se ha cuidado muy bien de crear y no me explico todavía el porqué. Es esta misma postura ante las cosas que le hace parecer un excéntrico, un marginado y para muchos un rey. El rey de la Mola: personal-

mente creo que está identificado con la vida que lleva y con el paisaje que le rodea.

—También me hice muy amigo de «na Pura». Durante el invierno me hacía compañía, en la cocina se sentaba frente a la chimenea y hasta que le decías: «Hala, a dormir», no se movía de su sitio.

Quizás parecerá increíble, pero Pura es una burra, que ahora ha vendido «porque me causaba demasiado trabajo». Yo no me imagino demasiado bien a Gabrielelet asando sobrasada y ofreciéndole un mendrugo a Pura.

La casa de Toni Gabrielelet está en el último escondrijo de la Mola, sufriendo unos sincrónicos rayos lumínicos del faro del fin del mundo. Un faro que es «lo» último de España: después ya viene África. La luz llega cada tres segundos, simulando la furtiva presencia de un fantasmal espectro nocturno, que abre un fértil camino a la imaginación desatada horas antes por una sangrienta puesta de sol. Una imaginación que no cejará hasta entrar en un Olimpo de dioses locales, según me susurró una parra achaparrada, íntegra con todos sus racimos de luto, o una cabra que por la tarde se rascaba la panza en un rugoso tronco recargado de viejas historias de piratas vikingos. «*Mare esperital, / qui em vol oir?*»

—Toni, tenemos que hablar de los turistas, ¿no?

—No, no. a mí no me mezcles con este «bestiar». Jajeajeaje.

«Jajeajeaje» es la transcripción inexacta de un

extraño sonido gutural que quiere nacer risa y sale rugido. Gabrielelet siempre lo hace cuando suelta alguna pirueta ingeniosa, para autoconfirmarse la fuerza de sus argumentos. De ahí que «el amigo de los animales» no hable, sino que sentencie, por lo menos delante de la gente que escucha embobada sus originales teorías sobre la concepción de las cosas. Por la noche, con aquel propicio silencio le hice una confesión y fue cuando descubrí al verdadero hombre, al amigo, al padre. Le vi sin ninguna costra, igual de sencillo que sus «tres perros, seis gatos y las correspondientes pulgas», como dijo minutos antes en el bar del pueblo.

—¿La mejor filosofía? Vivir como se sienta uno a gusto. Y usar la inteligencia para vivir, el que no lo haga así está apañado, nunca tendrá bastante con nada. Utilizar bien lo poco que tengas, y para ello hay que usar a menudo, y bien, la inteligencia.

Si le digo que me hable de sus guisos o de la televisión se enfada conmigo, adopta una actitud paternalista y me dice: «Hay que hacer las cosas bien, o no harías. De esto no hay que hablar, porque la entrevista no te quedaría bien»...

—La mujer no tiene nada que ver con el hombre. Y el que no se lo crea va bien apañado. Es un bicho diferente. Es que parece mentira la gran diferencia que hay...

Se ríe. Se ríe. Toma entre sus manos a Felipe, un gallo grande, bonito y viejo, posado sobre la mesa, y lo saca para que duerma fuera. «Los animales siempre quieren estar en la casa».

—¿Que si lo mataré? No hombre, estos animales son para hacer bonito. Los gallos son preciosos cuando envejecen.

GABRIELET, ARTISTA CERAMISTA Y PINTOR

Y es esta misma sensibilidad la que lo revela como un artista de demostrada categoría. Ceramista y pintor. Acuarelas y pintura al fresco, método difícil de aplicar. Gabrielelet no vende mucho, sólo lo que quiere. Solamente los encargos que le van haciendo y que le permiten vivir más que bien.

—Yo nunca busco un trabajo. Lo que hay que buscar es la manera de bien vivir sin trabajar demasiado. ajeajeaje. Si quisiera trabajar en esto uno se haría rico en seguida, ¿no ves que en Ibiza hay mucho dinero y la gente no sabe cómo gastarlo?

Me habla de su último encargo: 9 x 2 metros. Es un trabajo que, según dice, le permitirá vivir un año sin hacer otro. «Ese me llevará mucho trabajo, es difícil. Ya llevo un mes rumiando los motivos que voy a representar». Poco a poco y con cemento armado, va montando unos murales con motivos formenterenses casi siempre, cuernos de carnero, soles, payesas con un jarro bajo el brazo, etc. Ha vendido recientemente dos colosales trabajos al Hotel Tropical de Sant Antoni.

Según dice, siempre ha preferido Formentera a Ibiza. Seguramente por esto ya lleva once o doce años habitando en la isla.

—Creo que aquí la gente es mucho más lista que en Ibiza. Busca y verás como no encuentras ni una vieja de sesenta o setenta años que no sepa leer y escribir. Esto no ocurre en Ibiza, y es debido a que



los formenterenses tenían deseos de comunicarse con sus familiares emigrados, que a su vez conocían nuevas culturas y formas de vida.

Salgo de la casa y sin querer piso un poco la pequeña tortuga «que me trajo Pau Riba desde Barcelona».

—Es bonita, ¿verdad?

Sí, es bonita la tortuga; Pura, Felipe, los perros, los gatos. Compañeros de un hombre solitario que nunca está solo.

*En braços lo té Maria;
anem tots a adorar-lo.*

MARIÀ PLANELLES CARDONA